

*PREGON DE LA SEMANA SANTA
DE MURCIA - 1981*

CUANDO el Cabildo Superior de Cofradías me encomendó el honroso servicio de pregonar la Semana Santa de Murcia, confieso que no acerté a explicarme las razones o sinrazones de lo que entendí ser, únicamente, un muy generoso despropósito. Repasando luego posibles pretextos —nunca justificaciones ni, mucho menos, evidencias— no hallé otros medianamente válidos que los de murciano y nazareno; mínimos, si se quiere, pero para mí entrañables títulos, que acaso podrían legitimar mi oficio de vocero pasionario. También pienso que nacer en la plaza de Santa Isabel, donde naciera Francisco Salzillo, y vivir, como vivo, en la de Santo Domingo, de la que fuera habitante Nicolás de Bussy —dos personajes que algo cuentan en nuestra Semana Santa—, suponen misteriosos azares, providenciales concursos que confortan ahora el turbado y perplejo ánimo del pregonero.

Lo dicho no quita para que el Cabildo de Cofradías lleve en su pecado la penitencia. Es una cruz que debemos soportar, ustedes y yo, con piadosa y cristiana resignación. Aunque creo, para alivio de sufridos oyentes y mío propio, que compartir cruces penitentes en este tiempo cuaresmal y preparatorio, es rito ortodoxo y adecuado a la liturgia pregonera que concelebramos.

Pregonar la Semana Santa de Murcia en esta Iglesia de San Juan de Dios, grácil y esplendorosa gloria del Barroco murciano, proporciona a la ocasión —si sabe aprovecharse— una coyuntura tan aleccionadora como



ejemplar. Se cumplen ahora doscientos años justos de su consagración por el obispo Rubín de Celis; un obispo más bien interdictor que, entre otras cosas, había prohibido un año antes las procesiones de noche en la Semana Santa murciana y las penitencias públicas. La primera, en la frente: la paradójica, como contradicción y como hipérbole, es un recurso barroco. Corre el año de gracia de 1782. Salzillo enriquece esta iglesia con los dos ángeles dorados de los pedestales de su altar, y Wolfgang Amadeus Mozart compone su Gran Misa en Do Menor, cumbre del rococó musical en sus timbres áureos. De esa Misa —compuesta el mismo año en que el maestro alarife Martín Solera remataba la construcción de esta iglesia— se ha dicho que superó definitivamente las categorías de lo sagrado y lo profano; que, en la profundidad del drama religioso, lo trágico mozartiano hizo estallar las formas y los géneros... No son datos para la erudición, sino antorchas iluminadoras de un tiempo barroco presente en todos los tiempos de la ciudad. Murcia es ciudad barroca en esencia, presencia y potencia, si lo barroco se entiende como un estilo que trasciende las formas y los límites de la arquitectura, de la escultura y de la música, para encarnarse en una estética inmanente de lo murciano. En Murcia lo barroco es una costante histórica, un estilo de vida, una forma de comportamiento. La ocasión de la Semana Santa va a ilustrar con destellos deslumbrantes, a una y otra orilla del tópic, la teoría barroca de la ciudad.

Alguien llamado Schubert —que no sería músico sino tratadista de arte— dirá de esta iglesia de San Juan de Dios que es una de las más bellas y originales iglesias ovales europeas. Oval viene de huevo, y partir del símbolo de este huevo barroco, de la yema de este fascinante huevo de Pascua, es también barroca pirueta, retorcida, efectista y enfática, como el barroco mismo, valedera en este espiritual ejercicio de aproximación a la Semana Santa murciana. Ese acontecimiento que desvanece, como la música de Mozart, la sutil frontera entre lo sagrado y lo profano; y que, como esa música, va a hacer estallar —en su sentido del drama pasionario— las normas y las formas rutinarias y triviales. Piedad y religiosidad se sienten aquí al murciano modo, peculiar, intransferible en tanto que señas de identidad propias, en cuanto acto de fe de afirmación de la murcianía.

La Semana Santa oficia en Murcia la trasmutación de la religión en estética y cada cosa de la ciudad encuentra cabal ajuste en la celebración de la solemnidad litúrgica pasionaria, dolorosa y jubilosa al mismo tiempo. Los murcianos, vieja raza de cristianos viejos, acaso sientan menor disposición



para el dolor que para la fiesta, para los misterios dolorosos que para los gloriosos. Esta Semana Santa es razón de fe en la parusía, y la festividad —que de festividad litúrgica se trata— se transfigura en ceremonia jubilar de las vísperas del gozo. La ciudad se instituye en opulento auto sacramental, en monumental y formidable oratorio sagrado, donde lo murciano y todos los murcianos participan como protagonistas. En la representación pasionaria del drama sacro no caben el divismo ni la comparsaría ni la pasividad como espectador. Aquí cada palo aguanta su vela; Murcia entera retuerce el adagio, repicando y saliendo en la procesión. Es el *happening*, el espectáculo total, el acontecimiento integrador de todo un pueblo en la concelebración, gozosa y apasionada, de la liturgia de Semana Santa. Saavedra Fajardo, barroco murciano y europeo, visionario imaginero iluminador de barrocas “empresas”, alegorías y emblemas, podría haberla soñado. Polifonía barroca de oratorio sacro, escenografía delirante de auto sacramental, templo y teatro, contrapunto de voces acordadas desde la naturaleza, los hombres y las artes; de gestos, ademanes y actitudes; claroscuro de paradojas y contrastes, de luces y de sombras, de argumentos y confutaciones; coral concertante ciudadano, plural y totalizador de estridencias, desafinamientos y disonancias en la belleza estupefaciente de sus armónicos acordes. Stravinsky no sale en las procesiones murcianas —sólo Verdi, Wagner, Chopin y Puccini acompañan el paso de los *pasos*— pero la consagración de la primavera es su música litúrgica. Murcia, en Semana Santa, es ciudad encendida y abrasada, ardiendo por sus cuatro vientos en la brasa verde de su tierna y recién nacida primavera. Verde personaje que sigue de puntillas la carrera de los nazarenos, se cobija en sus buches, se cuelga de los troncos —estallido de rosas y claveles, y remanso de lirios—, se columpia en el cielo y en el aire, se disfraza de viento en las esquinas y enciende la mecha para que la ciudad arda de amor por sus cuatro costados. Ese fastuoso aparato barroco que Murcia se finge en Semana Santa —auto sacramental, oratorio y retablo—, ese suceso alucinógeno y alucinante, lo anima y nimba y explica la primavera.

Muchas cosas explica la primavera en Murcia, casi todas en su Semana Santa. Los mirtos del hosanna del Domingo de Ramos, la dulcísima eucaristía de los caramelos y el vuelo verdiblanco de las habas y de los huevos duros. Mirtos venusinos, huevos órficos y habas pitagóricas, permanentes liturgias de una palingenesia de la primavera en mediterráneos cultos ancestrales. La antología floral de los *pasos*, la frutal orgía de la Cena y el



florilegio de las medias de los anderos. El olivo, que por aquí mentamos olivera, y la palmera, esa rama dorada con sus dátiles. La *boja* de gusanos tejedores enredada en las plantas de Nuestro Padre Jesús y los destellos encandilantes de sedas y de rasos, de damascos, tisúes y brocados en el atavío de los santos. Los relámpagos de marfil de blondas, puñetas y chorreras, arrequives de enaguas, y ringorringos y perifollos de la policromía de las túnicas. El ascua encendida del oro de los tronos, el aura de la estofa en las imágenes y el fulgor argentino de la orfebre filigrana de los cetros. Y el porqué de las cruces penitentes al hombro pecador, de rosarios de huesos de melocotón y las pisadas de pies descalzos... (En Murcia, la procesión va siempre por dentro.) Y el nocturno escalofrío de misteriosas y llameantes pupilas femeninas que, tras la veladura de los capuces nazarenos, brillan como pavesas heridas por el soplo incierto de cirios lloricones. Y las lágrimas de cristal de las vírgenes, la humana cabellera de los cristos, el vuelo de un ángel, el brazo de un apóstol, de otro la ingrávida y grácil andadura, el joyel babilónico de la Samaritana, la burla huertana del Berrugo y las plumas del gallo de la negación de San Pedro, con la taxidermia enseñando arte naturalista.

Todo eso lo explica, desde su altísima y envolvente cátedra, la primavera. Que también podría ilustrar —a ver si ya nos vamos entendiendo— que los ritos murcianos pasionarios tienen sus razones que la razón ignora. La primavera —desde su púlpito, sahumado de azahar y enviscado en aromas de galanes de noche y verdegambres; desde el ámbito del lirio y la azucena, que brotan al romper el equinoccio; desde ese aire cálido que habita y señorea, y que explica los días y las noches, y el sol, la luna y las estrellas, palio procesional naturalísimo; desde la abrileña calentura que aviva los cinco sentidos, a pique de reventar en las venas el alocado pulso ciudadano... La primavera, digo, podría predicar el dogma de esa estética pasionaria murciana donde rima Pasión —con mayúscula sacra— con apasionamiento, —con humana minúscula—, amor divino y amor humano, amor sagrado y amor profano, como si el Tiziano hubiera inspirado su cuadro famoso en Murcia. (“Tu boca, que amar provoca / forcé con un caramelo. / Y vi un trasunto de cielo / en el cielo de tu boca”. El amor, en la estación del amor, unge en Murcia de amor a cuanto roza. Mística y teología en el dulce, picajoso sabor de los versos carameleros procesionarios.) La primavera adoctrinaría con mil ejemplos el sentido cósmico de la festividad en la representación y concelebración murciana del milagro pascual;





esa sorpresa puntualmente renovada de la naturalidad de lo sobrenatural, cuando espíritu y naturaleza se identifican en la sensibilidad de un pueblo que siente antes de pensar, que profesa un estilo pánico, mejor que lógico, de la existencia. No hay divergencia entre ortodoxia y panteísmo si los símbolos religiosos aciertan, como aquí sucede, a unir la historia —que se define por el tiempo— y el cosmos, ese medio divino de Theilard— que sugiere la eternidad. De la tierna mano de la primavera, renacida en cada Semana Santa, los murcianos sienten hervir en su sangre los ritmos cósmicos y viven el ritual del tiempo hierofánico, del tiempo sacro de la liturgia pascual. La clarividencia de Thomas Eliot, altísimo poeta, ha captado así lo numinoso: “Pero atrapar la intersección de lo temporal con el tiempo, es ocupación propia de santo”. Tampoco se contradicen lo sagrado y lo profano por una interpretación pánica y dionisiaca, orgiástica y *festiva*, esteticista y mórbida del tiempo sacro y su iconografía. También descifrá la primavera nuestra imaginería procesional y su barroquismo cósmico, con raíces en la entraña de una tierra exuberante y desbordada, barroca hasta lo paroxístico, fecundada por la savia nutricia de esa misma y siempreverde primavera. Ese barroquismo vitalista y vitalísimo ilustra las pautas de una piedad colorista y emotiva, de una devoción popular que necesita del culto de lo sensible, lo visible, lo figurativo, como accésis a lo religioso. Esas entrañables, tradicionales hierofanías de las habas, los caramelos y los huevos duros, y de otros cientos de ritos y ademanes populares que componen el barroco retablo murciano de la Semana Santa, hierven en la numinosa burbuja de un tiempo sagrado y reflejan —en el ritual de la sacralización pasionaria— la hierofanía máxima, esa teofanía que es la encarnación de Dios en Cristo. Cristos de la Salud, de la Misericordia, del Rescate, del Refugio, del Perdón, de la Sangre, Nuestro Padre Jesús Nazareno, penitentes por las calles de Murcia. Y Vírgenes Dolorosas, Angustias, Esperanzas, Soledades... Cada cosa murciana, ya se ha dicho, esclarecida por la primavera, cumple su papel en esta estética y esta liturgia. Y en todas esas pequeñas cosas, diría Teresa de Avila, anda el Señor. Hay que distinguir, por decirlo escolásticamente, sustancia y accidente, y que el bosque nos deje ver los árboles, y penetrar el misterio para ver en el árbol su vocación de estrella. El divino Dante supo del engañoso fingimiento de las apariencias: “Cual suele suceder que se trasciende / el afecto en la vista, cuando es tanto / que por todo el espíritu se extiende...”.

Yo pienso que hay tantas Semanas Santas como murcianos. Quisiera con-



tarlas y cantarlas todas, pero un pregón es sólo un clarín, una campana, un conjuro, no una enciclopedia. Semana Santa en Murcia es el Cristo del Perdón en el escorzo de angostas y rezagadas calles sanantolineras. La Virgen de la Esperanza bajo el palio barroco y dieciochesco del Arco de San Juan. La grácil caña de junco del talle de la Verónica. El garbo alado de nardo caminante de San Juan adolescente. La amapola encendida del Cristo de la Sangre, que se va muriendo a chorros por las calles y que brota sobre el Puente Viejo en el plenilunio rosado y mágico de la noche apasionada de Miércoles Santo...

Semana Santa en Murcia es ése deslumbrante milagro floral, refulgente apoteosis, llamado "monumento" del Jueves eucarístico; esos gráciles y vivísimos barrocos retablillos transidos de la Gracia, cobijados en conventuales regazos ciudadanos, en la pausa dorada de un tiempo sin relojes que fluye mansamente. Albas del alhelí, el lirio y la azucena, purísimas y níveas primaveras florales. Ascua de amor en los sagrarios y temblor fulgurante de los cirios. Clausura en las estofas de los viejos retablos, velados por sudarios de moradas liturgias. Sahumerios de domésticas alhábegas, que ensombrecen los bálsamos de incensarios rituales. Mínimas glorias, efímeras, de un rococó flamígero murciano, viva naturaleza en arte transmutada. Anas, Claras, Agustinas, Verónicas... aladas tocas de vuelo de palomas, artificio monjil y candoroso de sacros vellocinos y de Niños Jesús de belén salzillesco. Luminoso, radiante Oficio de Tinieblas, campanillas de plata y de cristal en las voces celestes, arcangélico coro que, tras las celosías, acompaña el espectro de un preste veneciano que se llamó en el siglo Antonio Vivaldi, clérigo pelirrojo como el apóstol Judas, pelirrojo y bisojo, del paso de la Cena. Y fuera, en las calles, el sordo contrapunto de ese bajo continuo de monodias de auroros, con el oscuro eco de orientales liturgias en sus correlativas.

La última nota de este pregón se envisca en las alas de los ángeles, celestiales vencejos o lirios voladores, que surcan en cada primavera el limpio aire de la Semana Santa murciana. Mi Semana Santa —permitid al pregonero que pregone la suya— es angélica, porque un ángel es el paradigma de la alegoría barroca, criatura sutilísima del barroquismo divino. Decía Tomás de Aquino que los ángeles constituyen una especie cada uno. La Murcia procesional profesa de tomismo y de escolástica en su angelogía pasionaria: El ángel que recoge la sangre del Cristo de la Sangre en un Grial de rubíes, menudo Parsifal de porcelana. Los ángeles-niños de la Dolorosa, que también podrían ser niños-ángeles, llorosos amorcillos. La alada,



ascensional memoria de aquellos ángeles del Sepulcro. Angeles triunfantes de la Resurrección. El demonio, Luzbel cautivo y encadenado, el no-ángel, negativo de ángel, sombra de ángel. Y el ángel de los ángeles de Viernes Santo. De un trazo de la gubia de Salzillo surge la luz que aclararía a Santo Tomás, ya para siempre, el enigma teológico del sexo de los ángeles.

Esta Semana Santa es una angelofanía, la revelación del orden angelorio que Dante columbrara en su Paraíso, poblado, como Murcia en primavera, de esos "secretos mensajeros del imperio celeste". Lo barroco es angélico y lo angélico barroco, porque los ángeles habitan la luz, la gracia, el movimiento. Donaire alado, dinámica arcangélica del cielo, perpetua agilidad, tallo flexible, fino relámpago, luz en relieve, sólida azucena... ¿Habla así el poeta —Rafael Alberti— de los ángeles? No; está diciendo de la gracia, la luz y el movimiento, una y la misma cosa. Al ángel de Salzillo ofrendaría Rainer María Rilke su angélica plegaria: "Fuerte, tranquila luminaria... Brillo de fulgor cósmico, con la extraña belleza del astro, de la estrella...". Un poeta también es un ángel, ungido de la Gracia, traspasado de numen, embajador del cielo ante los hombres. "En el Barroco, todo pasión y música, las formas que vuelan danzan su danza". La clave es del maestro D'Ors, pero Rilke completará el acorde: "La música es el alma de las estatuas". Ese aliento armonioso del San Juan, la Verónica y la Dolorosa de Francisco Salzillo, trío en sol mayor compuesto para la luz de la mañana murciana de Viernes Santo el año de gracia de 1756, precisamente el mismo en que nacía Wolfgang Amadeus Mozart. Año glorioso, triunfo y esplendor del Barroco, plástica sonora, gubia musical de Salzillo, liberadora de las formas que vuelan —su ángel sobrevolaba el cielo de Murcia un año antes— para danzar su danza.

Podría pensarse en Salzillo como inspirador del *Apocalipsis* de San Juan, el discípulo-efebadolescente que, con el ademán de su brazo —Ahí va el Maestro— está iniciándose como evangelista. El *Apocalipsis* es libro barroco y visionario, fulgurante imaginaria, alegoría barroca, soplo de viento cósmico, con los ángeles dirigiendo la sinfonía fantástica del himno triunfal de la creación. Salir en la procesión de Viernes Santo detrás del Angel, mirando al Angel, cegado de Angel, explicaría en San Juan su obsesión y su pasión angélicas.

La liturgia de la Semana Santa murciana, radiante liturgia de primavera, es también en Murcia primavera litúrgica. La razón de fe de que los murcianos no hemos perdido el sentido del origen misterioso y del destino



cósmico del hombre. De que el vuelo de un ángel, de los caramelos y de las habas —en Murcia, presencias numinosas— nos impide convertirnos en tribu de autómatas. La razón de amor de que nuestros símbolos religiosos están vivos, como vivos permanecen nuestros ritos. Ese ritual fresco y espontáneo —como los brotes de la recién nacida primavera— que dice de unos modos naturales, también espontáneos y frescos, de celebrar la fiesta. Festejar la festividad, renovar cada año el festivo sentimiento de la liturgia, es una afirmación vital. Nietzsche lo ha escrito: "Supongamos que decimos sí a un solo instante; con ello hemos dicho sí no sólo a nosotros mismos sino a toda la existencia".

Murcia, 10 de abril, 1981.

